



UNA POLÍTICA AL SERVICIO DEL CAMBIO

José Luis RODRÍGUEZ ZAPATERO

Estoy convencido de que, como se ha dicho en alguna ocasión, no vivimos un cambio de era, sino en la era del cambio. Los cambios tecnológicos, los cambios en las cualificaciones laborales, en las formas de vida y de cultura, son tan rápidos y tan poderosos que es muy complicado seguirlos y más complicado aún tratar de dirigirlos.

Son cambios que tienen su origen en procesos que no siempre son el fruto de decisiones conscientes y atentas a las consecuencias. Cambios que exigen la vigilancia de todos, para evitar los peligros que encierran. Pero también cambios que nos ofrecen posibilidades insospechadas de prosperidad material y espiritual que debemos aprovechar. Reivin-

dicar esa conciencia de lo que pasa en la sociedad, la capacidad y la necesidad de intervenir cuando sea conveniente, es para mí reivindicar el papel de la política, una política para el cambio, al servicio del cambio. Una política que reivindique la política y su dimensión de servicio público, una política que promueva el debate de ideas y afirme convicciones.

***Hoy se acepta
como modelo de gobernante
al político capaz
de gestionar la desilusión.***

Porque lo cierto es que durante los últimos años se ha venido produciendo en los países desarrollados un cambio paradójico en la relación de los ciudadanos con la política democrática. A la vez que, con la caída del muro de Berlín, se podía decir que la democracia se había convertido en el modelo universalmente aceptado para la organización de la vida política, los ciudadanos se muestran cada vez más críticos con la política y los políticos, con los gobiernos y con los partidos como organizaciones. Se puede decir que este proceso de distanciamiento hacia la política viene de atrás, y que en algunos países era ya perceptible durante los años setenta. Pero es indudable que ahora vivimos en un momento en el que la política produce un gran escepticismo; tanto es así que se acepta como modelo de gobernante al político que es capaz de gestionar la desilusión y el desinterés por lo colectivo.

Algo de este clima se ha ido creando en España, pero ha estado en segundo plano porque los intereses conservadores lo presentaron únicamente como un argumento contra los gobiernos socialistas. Una tentación comprensible para los socialistas, desde la oposición, sería pagar con la misma moneda, y tratar de erosionar la credibilidad de los gobernantes subrayando sólo sus vinculaciones con intereses particulares. Y es una tentación tanto mayor cuanto los datos la apoyan: las actuaciones del gobierno

del PP respecto a grandes empresas como Telefónica, sus negociaciones con las empresas eléctricas o las vinculaciones de algunos ministros y ex ministros con intereses empresariales son cosa bien sabida, y es de temer que este gobierno no tiene clara la diferencia que debe existir entre lo público y lo privado.

Sobre todo ya hemos hablado los socialistas desde la oposición, pero ni basta ni es lo que debe ser el centro de nuestro mensaje a la sociedad. Lo que debemos plantearnos es precisamente lo contrario: dar razones a los ciudadanos para creer en la política democrática como trabajo al servicio de los intereses generales. Esa es la política que queremos, una política que exige cambiar la cultura dominante, esa cultura de la ganancia individual y el beneficio a cualquier precio que se ha venido extendiendo desde hace veinte años, y que hoy impregna nuestra sociedad. Por eso creemos que una parte muy fundamental de nuestro trabajo pasa hoy por la cultura y requiere el concurso de las gentes de la cultura, de los profesores, de los maestros, de aquellos creadores que no han cedido al espejismo de ver en su trabajo una simple vía hacia el éxito en el mercado, una forma más de enriquecimiento individual. No se trata de recrear una mentalidad puritana, tan sólo de salir de esta enorme confusión en la que todos, como necios, confundimos valor y precio.

Hace falta un cambio cultural, entonces. Necesitamos que cambie el viento, que quienes son un modelo para la sociedad y quienes tienen como trabajo ofrecer un modelo de sociedad a los futuros ciudadanos, tomen la bandera del interés colectivo, de la defensa de lo público, que no se agota en lo estatal, de

la comunidad frente a la insolidaridad. Sólo con ese cambio de clima podrán ver los ciudadanos, si no los de hoy los de mañana, la política democrática como un servicio real a los intereses generales, al bienestar colectivo. Y sólo así podrán quienes ya hoy apuestan por la solidaridad entender que no basta con atender a las necesidades inmediatas de los excluidos o defender para los inmigrantes sus derechos como personas, sino que es necesario un trabajo político para resolver, para ir resolviendo, las raíces del vergonzoso espectáculo de desigualdad que acompaña nuestra prosperidad de países más o menos desarrollados.

Creo que más allá de otras consideraciones sobre las raíces del descrédito de la política, hay razones prácticas que se podrían resumir en una idea. En los últimos veinticinco años, desde que comenzó a cambiar el modelo de sociedad que los países desarrollados habían construido desde la Segunda Guerra Mundial, los ciudadanos han ido perdiendo confianza en la capacidad de los gobiernos para garantizarles el futuro y los gobiernos se resisten al desarrollo de la iniciativa de los propios ciudadanos para hacerlo.

Con los vientos de la globalización, los ciudadanos sienten que el futuro de sus pensiones está en riesgo. La incertidumbre sobre el empleo significa también incertidumbre sobre la misma posibilidad de llegar a tener una pensión. Y si las posibilidades de llegar a trabajar son tan inciertas, no hay condiciones para formar una pareja, buscar una vivienda propia, plantearse tener hijos. Para que no falte nada, además, periódicamente se alzan voces que plantean como imprescindibles cambios en la sanidad y la educación, cambios que siempre apuntan en la misma dirección:

los sistemas públicos no funcionan bien, es preciso completarlos con sistemas privados o introducir en ellos formas privadas de gestión. Todos los puntos de referencia para planear el futuro están en duda.

La experiencia hoy es que ningún gobierno puede garantizar la continuidad del crecimiento, ningún gobernante sensato puede creer que él es el milagro, que él garantiza que las cosas van a ir bien. Pueden ser los precios del petróleo, puede ser una recesión inesperada en mercados de los que se depende, puede ser una estampida de capitales, pero se suman tales factores de incertidumbre sobre la economía global que los ciudadanos no pueden confiar ya en que los gobiernos les garanticen estabilidad, ni siquiera cuando las cosas van bien. Se puede entender por tanto que desconfíen de la política y de los políticos, que no crean en sus promesas y recelen de sus intenciones.

Esta situación nos afecta a todos, aunque las economías de la Unión Europea estén bastante protegidas de algunos sobresaltos. Y no se pueden ofrecer soluciones mágicas desde un país, desde un gobierno, ni para volver al pasado de estabilidad ni para llegar a un nuevo orden económico más previsible. Pero es posible ofrecer a los ciudadanos una política que les dé garantías de futuro en este mundo de incertidumbres. Una política que mejore

***Es posible ofrecer
a los ciudadanos
una política que les dé
garantías de futuro.***

las condiciones colectivas para enfrentarse a estas incertidumbres y que dé a las personas concretas las mayores oportunidades para desenvolverse en esta sociedad. Nadie puede evitar que haya tormentas, pero se pueden hacer barcos más seguros, se puede enseñar a nadar y se pueden disponer medios de salvamento. Y además se pueden ofrecer a los pasajeros más oportunidades de decidir el rumbo, de estar informados sobre el tiempo que se acerca y de fiscalizar a la tripulación y al capitán.

Todo esto es lo que quisiera englobar al hablar de la necesidad de una nueva política. Para que los ciudadanos recuperen la confianza en la política democrática tienen que percibir dos cosas fundamentales. La primera es que ellos y ellas cuentan, que sus opiniones y su voto suponen una diferencia, que su participación no es un ritual sin sentido o un esfuerzo que no conduce a nada. Y eso implica un cambio en la relación entre los partidos políticos y la ciudadanía que pasa por una mayor apertura de los partidos, la búsqueda de nuevas formas de dar presencia a todos los ciudadanos, también a los que no están afiliados a los partidos, en las discusiones y en las decisiones: sobre el programa y sobre quiénes deben representarles. Y pasa, por supuesto, por la plena democracia interna y la transparencia del funcionamiento de los partidos.

***Nunca antes tuvimos
tantos recursos
para la transparencia
y la participación democrática.***

Tengo la imagen leída de un Pablo Iglesias empeñado en un enorme esfuerzo por mantener una relación epistolar con una organización todavía emergente. Es difícil imaginar qué no haría él con un medio como Internet. Tenemos recursos para la participación democrática, para el control y la transparencia como nunca los tuvimos antes. Y nosotros, los socialistas, debemos aprovechar las oportunidades de este cambio tecnológico para hacer posible una sociedad acorde con los valores que defendemos.

Otras cosas están cambiando. La preocupación por la soberanía de los Estados es una preocupación del siglo XIX; durante las últimas décadas del siglo XX hemos vivido un traspaso de esa soberanía a las grandes empresas multinacionales: el siglo XXI debe ser el inicio de una era de individuos soberanos, de una ciudadanía verdaderamente poderosa, capaz de elegir y construir su destino. Y ese ideal se enfrenta a un peligroso enemigo en los que sostienen que nada hay que hacer contra los arbitrarios dioses de una economía globalizada.

Nada hace tanto daño a la credibilidad de la democracia como las promesas incumplidas por los gobernantes. Y ninguna tentación es tan fuerte para quien gobierna en tiempos de bonanza como la olvidarse de sus promesas, contando con que una situación económica favorable permitiría que sus incumplimientos pasen desapercibidos. Pero las falsas promesas siempre se cobran la factura. Y así, la promesa incumplida de regular la competencia para que todos se beneficien de precios más bajos salta a primer plano cuando los precios se disparan, cuando sube el petróleo o cuando las tarifas telefónicas se convierten en un cuello

de botella para las empresas y un castigo al bolsillo de los ciudadanos, cuando los precios de la energía no bajan como estaba previsto porque existen compromisos con los grandes productores. Y entonces llega la hora de buscar chivos expiatorios de la liberalización no realizada, y puede suceder que les toque a los libreros tener que competir con las grandes superficies en nombre de la visión liberal de la modernidad.

Lo que los socialistas nos proponemos, entonces, es un nuevo proyecto que esté destinado a cumplirse y no sólo a ganar votos. Que ofrezca certidumbre a los ciudadanos sobre lo que pueden esperar, tanto si la economía va bien como si va mal, y que a la vez les muestre un sendero creíble para tratar de que vaya bien, de aprovechar al máximo las oportunidades en los momentos de auge, sin hipotecar por eso el porvenir del país y de las familias cuando las cosas vayan mal, cuando la economía europea o mundial pueda frenarse o retroceder por razones que están más allá de nuestro control. Queremos proponerles un marco en el que puedan planear sus vidas, pensar el futuro con tranquilidad, aun sabiendo que las cosas no siempre van bien, o quizá, precisamente, para poder pensar en el futuro con tranquilidad también cuando las cosas no vayan bien.

Lo que proponemos es una forma distinta de hacer política, una relación distinta entre las gentes de este país y los partidos democráticos, empezando, como es lógico, por el nuestro. Porque creemos que es una necesidad de la democracia española que los partidos ofrezcan a los ciudadanos garantías sobre su acción y su funcionamiento interno, pero hasta que esas garantías se reflejen en la ley quere-

***El partido socialista
propone a este país
una forma nueva
de hacer política.***

mos comenzar por predicar con el ejemplo. Pensamos que es posible y deseable otra forma de relación con los ciudadanos, y queremos que esa nueva relación comience ya en el PSOE, más allá de cualquier estrategia para mejorar nuestra imagen o ganar mayor popularidad.

Una concepción estática de la ciudadanía sólo produce ciudadanos pasivos y en ningún modo es esto lo que queremos. Uno de nuestros objetivos, y pieza clave en el pensamiento político actual, es recuperar la comunidad, no sólo en cuanto concepto sino fundamentalmente con hechos. Sólo así los individuos se sentirán comprometidos en los valores universales y crearán de nuevo en la virtud de la identidad pública y cívica, cosa que no logra el falso liberalismo de los llamados neoliberales.

Aquél socava la cultura de lo público, reemplazándola por una ideología de lo inevitable, en la que se buscan siempre referentes o significados personales dentro de un mundo que se considera impersonal. Ya lo advertía Tocqueville en *La Democracia en América*, cuando, asombrado y perplejo por los males que acarreaba el individualismo, decía de la gente: «Están al lado y no los ves, los tocas y no los sientes». Yo extendería esta frase para llegar incluso a decir: te hablan y no los oyes. Esto es lo que debemos evitar

***Una verdadera cultura
participativa uniría
a los ciudadanos
con la política.***

desde la política. Tenemos que afinar nuestros oídos y escuchar lo que se nos dice. Nuestro mejor ejercicio de cordura es escuchar el latido de la calle y aprender de sus comentarios.

Es necesario impulsar una verdadera cultura participativa que una a los ciudadanos con la política, que supere los niveles de decisión gubernamental y alcance los de la vida cotidiana. Pero no podemos pedir a los ciudadanos que asuman los deberes que exige la democracia si antes no están seguros de que su interés es el nuestro. Que nosotros queremos que participen en la vida pública porque nos preocupan sus preocupaciones y nos importa lo que para ellos es importante. Esta es la política que queremos hacer desde el partido socialista. Una política que se mire en el espejo de la sociedad y sea su más fiel reflejo.

Creo que ya es hora de dejar de preguntarnos sobre lo que nos está pasando y empezar a preguntarnos sobre lo que podemos hacer. Nuestro futuro depende de nosotros mismos, de que colectivamente seamos capaces de mejorar nuestras condiciones de vida, la situación del trabajo, la educación, la calidad de nuestras ciudades. Nuestras esperanzas de igualdad dependen de que seamos capaces de expresarlas cotidianamente, nuestra solidaridad no puede esperar, debemos por nosotros mismos hacerla efectiva.

Permítanme, pues, que esboce, si quiera brevemente, los que, a mi juicio, constituyen *los puntos clave de la agenda del cambio*.

Expresiones como «globalización», «mundialización» o «sociedad de la información», convertidas hoy en lugares comunes, parecen anunciarnos la llegada de una nueva era marcada por la velocidad, por un cambio imparable, profundo y rápido, que parece escapar a nuestro control. Sin embargo, nunca antes como ahora el ser humano tiene la posibilidad de ser dueño de su destino.

Junto a la velocidad, al lado de la globalización y tal vez por ello, en la sociedad actual el conocimiento ha pasado a ser el principal recurso, sustituyendo a cualquier otro factor de producción. Hoy más que nunca la capacidad de aprender es el principal activo de los individuos, de las empresas y de las instituciones. Incluso en gran medida la capacidad de aprender está sustituyendo a los factores tradicionales de estratificación social y amenaza con generar nuevas fracturas de desigualdad social y territorial. La capacidad de aprender no sólo se relaciona con los conocimientos previos o con la velocidad de acceso a la información sino también con la habilidad de adaptación a situaciones nuevas.

Conocimiento, innovación y capacidad de aprender son tres elementos clave para identificar nuestras posibilidades de actuación. Por ello entre nuestras prioridades queremos situar las políticas de innovación. Y frente a una interpretación lineal, coherente con los viejos moldes de la economía industrial, en la que la innovación se vinculaba con una visión tecnocrática de la sociedad, se está imponiendo otra concep-

ción que contempla la innovación como un proceso social complejo, abierto. Un proceso de aprendizaje y de adaptación a condiciones socioeconómicas y tecnológicas en permanente cambio.

Los neoliberales prefieren una posición fuertemente individualista y, entusiasmados ante la globalización, nos anuncian que *el reino del mercado está próximo*, cuando en realidad apuestan por una suerte de *saqueo global* (Giddens 2000), en el que un cambio técnico rápido multiplica las posibilidades de negocio, olvidando los efectos negativos, sacando del escenario el correlativo incremento de los desequilibrios sociales y territoriales o los riesgos medioambientales. Cabe también una aproximación paternalista, típicamente conservadora, que favorece una estrategia de freno activo a las posibilidades del cambio técnico para disminuir sus impactos negativos.

Frente a los conservadores de uno u otro signo, la respuesta tradicional del Estado benefactor, que se orienta a paliar mediante subsidio los efectos negativos, a compensar mediante ayudas los desequilibrios sociales y territoriales, es claramente insuficiente.

Nosotros, al reclamar una nueva forma de hacer política para, a partir de los valores cívicos, ensanchar la democracia, estamos subrayando que los poderes públicos deben conformar una política de innovación activa que se anticipe a las consecuencias negativas de la internacionalización de la economía y del cambio tecnológico.

Reclamamos un nuevo modo de hacer en el que los burócratas dejen paso a los emprendedores. Una concepción abierta a la sociedad en la que no tengamos que esperar a que los tecnócratas vengan a

***Vamos a construir
un socialismo
radicalmente promotor
de la igualdad.***

resolver nuestros problemas, a que vengan a decir lo que es justo, a que nos digan lo que es necesario. La izquierda y el socialismo democrático del siglo XXI, el PSOE, trabajarán por democratizar, es decir, por disminuir el poder y la prepotencia de los grupos económicos y del Estado. El proyecto socialista será impulsor de mayores cotas de libertad y autonomía personal, de iniciativa y de responsabilidad, de igualdad de oportunidades desde la cuna, pero no sólo en la educación, sino también en la economía. El problema no es el mercado, el mercado genera enormes posibilidades de igualdad, el problema es el falso mercado, la concentración de los grupos económicos, que de una u otra forma fomentan y protegen este y otros gobiernos. El socialismo que empezamos a construir hoy será profunda y auténticamente liberal, o si prefieren libertario, y radicalmente promotor de la igualdad del individuo.

Las políticas de innovación son prioritarias y la educación debe conformarse como un factor clave en el cambio. Es un objetivo de la izquierda conseguir la igualdad de todos los individuos ante el sistema de enseñanza, sin distinción de sexo, edad, raza, clase o religión. Es decir, que cada individuo tenga el derecho a llegar tan lejos como pueda en igualdad de condiciones de salida con los demás. Sin embargo, no basta con igualar en la salida, es necesario asegurar que todos lleguen y pasen

la meta. Debemos erradicar la diferencia entre los que pueden beneficiarse de las nuevas oportunidades como consecuencia de haber obtenido una educación de calidad y aquellos otros, que privados de este derecho, se van quedando cada vez más marginados del sistema.

La escuela debe ser el reflejo de lo que está ocurriendo en la sociedad y, por tanto, debe responder a la agenda del cambio. Es necesario potenciar los conocimientos y las habilidades necesarios para afrontar los retos de la globalización también en el ámbito educativo. El curriculum para la globalización debe tener en cuenta las políticas que se adopten en materia de integración escolar, principalmente por la presencia creciente de inmigrantes en nuestro país. No debemos restar posibilidades a los alumnos de que obtengan de la escuela herramientas básicas para su desarrollo tanto personal como laboral, esto es, debemos asegurar una serie de conocimientos claves como los idiomas extranjeros y el uso y manejo de las nuevas tecnologías de la información.

La educación del siglo XXI debe tener como principal objetivo formar ciudadanos libres, responsables, críticos y solidarios para la convivencia en una sociedad democrática y plural, donde la interculturalidad característica de nuestra sociedad constituya un elemento integrador y de encuentro entre los distin-

tos pueblos que la habitan. Debemos garantizar una educación integradora y solidaria en la que las desigualdades sociales y culturales, existentes en la población, no generen marginación y exclusión.

Por otra parte, que la investigación científica y el desarrollo tecnológico se conviertan en instrumentos para la mejora del bienestar social o, por el contrario, en mecanismos de consolidación de las desigualdades existentes y aun de generación de otras nuevas, está en nuestra mano. Es nuestra responsabilidad histórica. Nosotros queremos que la Sociedad del Conocimiento constituya un instrumento al servicio de los ciudadanos, que sirva para mejorar las condiciones de vida, especialmente de los más desfavorecidos, que ayude a superar las viejas desigualdades, para dar lugar a una sociedad más justa, formada por ciudadanos más libres hoy que ayer.

Para conseguirlo, deberíamos hacer algunas cosas. Debemos ser capaces de desarrollar una política científica de futuro y aprovechar la oportunidad que se nos abre para subirnos definitivamente al tren de la modernidad. Para potenciar la mejora de las infraestructuras de investigación, para hacer de la innovación tecnológica un factor estratégico en la modernización de nuestro tejido empresarial. Para hacer de España un país de futuro.

A esta tarea estamos llamados todos, hombres y mujeres de este país que apuestan por un futuro común en el que las oportunidades sean las mismas para ellos y para ellas. Necesitamos a las mujeres para hacer realidad nuestro proyecto de sociedad. Una sociedad donde la convivencia tenga reglas pactadas por personas con los mismos derechos y las mismas oportunidades, una sociedad

***El siglo XX será
el primero de un
liderazgo compartido
entre hombres y mujeres.***

que sea capaz de aprovechar las capacidades de todos sus individuos y crea en la posibilidad de hacer protagonistas de la historia a los menos favorecidos socialmente.

Frente a quienes condenan a la mayoría de las mujeres a la eterna dependencia económica, a los contratos precarios, a la indefensión frente a la violencia, a la doble jornada, y a ser siempre ciudadanas de segunda categoría, proponemos un modelo de sociedad que garantice a las mujeres una vida de emancipación, libertad, seguridad e igualdad de oportunidades. Comparto la reflexión de quienes consideran que el siglo XXI será el primer siglo de la historia de un liderazgo compartido entre hombres y mujeres. El siglo XXI será el siglo de la complejidad, y en ese mar las mujeres navegan con especial maestría.

Un tercer aspecto que hoy es crucial, que decíamos que es una cuestión de dignidad nacional, es la inmigración. Debemos afrontar el fenómeno migratorio en términos de reto, de oportunidad, y no como problema, como dificultad. Porque una inmigración ordenada en sus flujos, adecuadamente canalizada e integrada socialmente, representa una contribución imprescindible para la vigencia y ampliación durante los próximos años del modelo de bienestar de nuestra sociedad.

Lamentablemente, la simplificación de la controversia ha tendido a restar altura al debate sobre la definición de una política migratoria acorde con las responsabilidades de un país como España, trasladando a la sociedad la imagen maniquea, pero ciertamente eficaz, de un falso dilema entre posiciones restrictivas y permisivas que en absoluto se corresponde con la realidad. Nuestro reto

es más ambicioso; consiste en sentar las bases de una política migratoria que, de un lado, cuente con instrumentos adecuados para la canalización de los flujos de entrada en el país y, de otro lado, promueva con políticas activas la integración plena de todos los que vengan a vivir y trabajar entre nosotros.

Nuestra propuesta de consenso no puede interpretarse como «carta blanca» para restringir derechos que son inherentes a todos los seres humanos. Nuestros valores así nos lo exigen y nuestra coherencia nos impele a reclamar para los inmigrantes que vienen con nosotros lo mismo que reclamamos en justicia y con firmeza para tantos españoles que un día se vieron obligados a emigrar y siguen lejos de nuestras fronteras.

Renunciamos a la confrontación porque estamos persuadidos de que la inmigración es una realidad que seguirá presente en la vida de nuestro país durante las próximas décadas y, por lo mismo, requiere de un acuerdo amplio; formulado desde la inteligencia necesaria para entender que sólo anticipándonos al futuro inmediato, seremos capaces de aprovechar todas sus potencialidades para construir la sociedad integrada por la que trabajamos.

Nuestra oferta es sincera y así lo hemos puesto de manifiesto con nuestra actitud, nuestro trabajo y nuestra disposición al diálogo durante las últimas se-

***Debemos afrontar
el fenómeno migratorio
como un reto
y no como problema.***

***Sólo sobre la equidad
se puede construir
un país donde el bienestar
es la base de la convivencia.***

manas. En esa dirección seguiremos encaminando nuestros esfuerzos y ahora al Gobierno le comprometo la enorme responsabilidad de responder a nuestra iniciativa o, por el contrario, desaprovechar esta oportunidad que hemos puesto a su alcance.

Si la Sociedad del Conocimiento es una cuestión prioritaria, si la inmigración es una cuestión de Estado, también, España se encuentra «a la cola» en los recursos destinados al gasto social y esta es una realidad que no se corresponde con una sociedad avanzada, que aspira a avanzar decididamente en sus niveles de cohesión social.

Durante los últimos años se ha desperdiciado el ciclo de bonanza económica para ganar terreno a nuestro retraso en dotación de servicios sociales. Muy al contrario, hemos retrocedido sensiblemente en el desarrollo de políticas sociales activas.

La cohesión social no es real si el progreso se funda en el darwinismo y renuncia a la solidaridad. Una sociedad dual, fracturada entre los que disponen de recursos y quienes se ven arrojados a una existencia marginal y de dificultades, no va a ser nunca nuestro modelo. La equidad es el principio básico para construir un país que haga del bienestar el cemento básico de la convivencia colectiva. Una justi-

cia renovada, asignatura pendiente de nuestra democracia, que no sólo sea un poder del Estado, un poder democrático, sino que sea también una palanca efectiva de igualdad.

Nuestro objetivo más ambicioso, y por tanto radicalmente diferenciado del sentir de la derecha, es hacer de la universalización del derecho a las prestaciones básicas de servicios sociales el «cuarto pilar» del Estado de bienestar. En nuestro país existe mucha gente que afronta dificultades sin que la acción pública sea capaz de responder eficazmente a sus necesidades. Esta es una realidad que me resulta intolerable y que propongo combatir enérgicamente.

El binomio generalización de servicios sociales y creación de empleo en España se encuentra explorado de manera muy precaria. Requiere de un decidido impulso desde el ámbito de lo público para explotar sus enormes posibilidades y demostrar que los objetos de creación de empleo y extensión de bienestar no sólo no son incompatibles sino que se precisan mutuamente.

Nuestra propuesta es muy clara; que el país avance poderosamente en la dotación de un servicio público de servicios sociales avanzado, con un nivel de prestaciones equilibrado territorialmente y que haga realidad que allí donde alguien atraviesa por una dificultad, pueda encontrar una atención pública adecuada que contribuya a superarla. De manera prioritaria, la participación mediante el voluntariado y el trabajo cívico han de ser el terreno natural de desarrollo de la solidaridad social. De ahí hasta conseguir una renta básica y universal de ciudadanía.

No puedo compartir el objetivo de una sociedad que fustre, por razones

económicas o de otra naturaleza, el pleno disfrute de las mismas oportunidades por parte de todos los ciudadanos. La cohesión es, por tanto, un principio y un objetivo irrenunciable.

El cambio se manifiesta más que nunca en las relaciones entre los Estados. Nacen nuevas naciones, con más vigor que las antiguas, que se proyectan al futuro y no al pasado, que avanzan en el buen sentido de la vieja utopía internacionalista. Naciones que nacen mediante el acuerdo y para el acuerdo, que no son homogéneas y excluyentes, sino heterogéneas e incluyentes. Naciones que caminan hacia lo universal y que buscan las formas políticas que garanticen su pluralidad esencial y constitutiva.

Europa es una identidad más madura y con más posibilidades que las viejas identidades nacionales, mucho más rica, que nos ahoga menos, que permite mejor la expresión de la radical plasticidad de la naturaleza humana. Pero Europa se encuentra en un momento crucial y deberemos adoptar todo un conjunto de decisiones que afectarán a la propia idea de Europa. Tenemos el reto de completar la Unión Económica y Monetaria, de resolver los problemas relativos a la ampliación, de reformar las instituciones, de construir un espacio europeo en el que la ciudadanía, la política social o la de seguridad respondan a una concepción global y coherente. Queremos construir una sociedad europea, una Europa donde los jóvenes se sientan parte de ese espacio común, donde podamos articular una conciencia de ciudadanos europeos a través del ejercicio efectivo de sus derechos y obligaciones. Por ello es cada vez más urgente abrir un debate sobre qué Europa queremos y que retomemos la iniciativa para proponer el modelo al que

aspiramos. Una Europa fuerte antes que una Europa Fortaleza, fuerte para extender su patrimonio de humanismo; una Europa abierta al mundo, una tierra de asilo y de esperanza.

No me resisto, en este contexto, a reproducir una cita de Kant que leía hace unos días en un artículo de Ulrich Beck: «Pensarnos como miembros capaces de llegar a acuerdos según el derecho civil dentro de la sociedad cosmopolita es la idea más sublime que el ser humano puede tener de su destino, idea que no se puede pensar sin entusiasmo».

Ese entusiasmo por el universalismo kantiano ha sido y es uno de los motores de la acción y del pensamiento socialistas sobre el Estado. Los socialistas encarnamos, durante la transición, y como ninguna otra fuerza, la «universalización» de la autonomía política y su plasmación jurídica, institucional y política a todo lo largo de España, en toda su diversidad y en su pluralidad. A lo largo de años decisivos, tremendamente difíciles, nos cupo el honroso mérito de haber sabido incorporar, con visión y con coraje, los horizontes que aunaban, en la imaginación y en las aspiraciones de millones de españoles, democracia, libertad y autogobierno territorial. Durante la transición gritábamos «Democracia, amnistía y Estatuto de Autonomía»: fue gracias a esa identidad que el mapa autonómico español ha podido

***Es urgente abrir
el debate sobre
qué Europa queremos
y proponer un modelo.***

construirse mientras se consolidaban las libertades y los pilares sociales del Estado del bienestar.

Pues bien, lo que nos toca ahora, después de haber «universalizado» el derecho a la autonomía política (frente a los que no querían ninguna y frente a quienes la querían excluyente, vinculada a sus privilegios históricos), después de haber universalizado también el acceso a servicios públicos como la educación, la sanidad o las pensiones, cuya extensión y alcance carecían de precedentes en toda la historia de España, es acometer el reto de asegurar, en ese marco, una efectiva igualdad de derechos y de oportunidades de todos los españoles y todas las españolas. Independientemente del lugar de residencia. En compatibilidad con la plenitud de ejercicio de la autonomía política y de gestión en un orden de responsabilidades compartidas. Se trata, en definitiva, de compatibilizar la legítima opción por la diversidad con la prohibición constitucional del privilegio. Asegurar las condiciones de la igualdad de oportunidades a través de la solidaridad intergeneracional, interpersonal e interterritorial.

La asimetría es, pues, posible, en cuanto que la Constitución es sensible a la pluralidad y a la diversidad (partiendo de la diversidad de hechos lingüísticos, institucionales y hasta geofísicos que, como en el caso canario,

***Nuestra Constitución
es sensible a la
pluralidad y diversidad
de las Comunidades Autónomas.***

justifican tratamientos especiales de diferencias objetivas, esto es, no «exportables» ni «universalizables» a todas las CC.AA.). No han de tolerarse, en cambio, los privilegios —menos aún, los económicos— en tanto resulten carentes de fundamentación legítima, razonable y, en definitiva, pacífica a la luz de la razón democrática.

La apuesta federal de los socialistas para el perfeccionamiento y consolidación de nuestro Estado autonómico exige, pues, encarar todavía un doble tránsito.

Por un primer lado, el tránsito desde un modelo conflictual, altamente litigioso y protagonizado por discursos reivindicativos o resistenciales, hacia un modelo pacificado de coparticipación política, corresponsabilidad fiscal, tributaria y financiera, y cooperación solidaria entre todas las instancias de poder territorial.

Los socialistas podemos acometer esta función vertebradora de la realidad española como ninguna otra fuerza política en esta sociedad pluralista, diversa y en tantos planos todavía desigual.

La reforma del Senado, la corresponsabilidad fiscal y tributaria de las CC.AA., su proyección europea, el encaje de los poderes locales son, pues, los distintos planos de este apasionante reto de completamiento y progresión de la apuesta en la que, venciendo inercias y resistencias históricas, los socialistas probamos tener visión de futuro y liderazgo en el decisivo último tramo del pasado siglo XX.

Promover una España del acuerdo permanente, recordar que nuestra identidad de identidades se fundamenta en la devolución de poderes y en un Es-

tado que ya no es sólo la expresión de una nación sino un miembro de una unión más perfecta: Europa es nuestro objetivo.

Ahora, hay personas mejor o peor intencionadas que critican nuestra forma de hacer oposición, echan de menos cierta dureza y alternativas distintas, completas y cerradas en cualquier asunto que se trate. Es obvio que no es difícil incrementar la dureza en las formas y tampoco es muy difícil encontrar propuestas diferentes a las que haga el Gobierno, aunque sean impracticables, aunque sean puramente testimoniales. La cuestión es si eso serviría para algo, si esa oposición beneficiaría a la sociedad o a nuestros intereses partidistas.

La descalificación del adversario no nos hace mejores a los ojos de la ciudadanía, ni siquiera incrementa nuestras oportunidades electorales en el caso de que se tratara de eso. Sin duda es necesario señalar los errores del Gobierno, pero sólo con eso no se consigue gobernar; es necesario aportar soluciones practicables y ser creíbles. No se consigue mucho crédito crispando a la sociedad, no es muy edificante ver a un líder ciego a los aciertos del adversario, encasquillado en la crítica, en el catastrofismo sin esperanza.

Tengo la impresión de que los ciudadanos están cansados de los malos modos, de la dureza formal en la política, una dureza que esconde precisamente la ausencia de ideas claras y distintas. No me parece que las formas sean un asunto banal, no creo que el respeto esté reñido con la eficacia política. Por el contrario, estoy convencido de que nuestra forma de hacer oposición expresa una conquista de la gente, su conquista sobre cómo debe ser la polí-

*Los ciudadanos
están cansados
de la dureza formal
sin ideas claras y distintas.*

tica, y trataremos de garantizar esa conquista.

También en los contenidos nuestra oposición expresa lo que pensamos y trato de explicar ahora. No estamos de acuerdo en cómo ha llevado el Gobierno la concesión de las licencias de la telefonía móvil, hemos perdido tres o cuatro billones de pesetas, es mucho dinero y nos hace falta a todos como para gastarlo en propaganda contra el Gobierno. Por eso nuestra primera reacción fue ofrecer nuestra ayuda para recuperar ese dinero; no nos hicieron caso, pero han puesto unas tasas por el uso del espacio radioeléctrico; algo es algo. Nuestra oposición ha servido para algo, no tanto como quisiéramos, pero las compañías se verán obligadas a desembolsar algún dinero al erario público. No queremos sacrificar los recursos de todos en pasajeros fuegos de artificio, y tampoco queremos sacrificar a las personas. Es fácil hacer oposición testimonial defendiendo el todo para los inmigrantes y no conseguir nada más que la mezquina satisfacción estética de haberlo intentado. Cuando se defienden los derechos de los débiles perder es inmoral; no podemos perderlo todo, no podemos usar cincuenta mil inmigrantes para hacer una barricada moral contra la derecha, por darnos el gusto de decir que somos mejores. Esas personas, sus sufrimientos, deben llevarnos a intentar llegar a un acuerdo, un acuerdo justo, pero un acuerdo.

Estamos siendo absolutamente leales al Gobierno en el tema del terrorismo, no imaginamos otro comportamiento, por lo demás. El Gobierno expresa y representa la voluntad del pueblo. Resulta duro, a veces, escuchar ciertas críticas cuando no coincidimos, y si no coincidimos no es sólo por culpa nuestra, pero sería mucho más duro y mucho más inútil que nos enzarzáramos en un debate con el Gobierno. No es eso lo que debemos hacer y no lo vamos a hacer.

Hace mucho tiempo aprendimos en la Universidad que no debíamos estudiar sólo la historia de los reyes y los poderosos, sino que lo fundamental era el estudio de la historia de los pueblos, de la gente común, de los que son como nosotros. Quizá eso debiera habernos llevado a entender más rápido que los únicos cambios que verdaderamente importan son los que protagonizan los ciudadanos, y debemos estar

preparados porque unos ciudadanos más formados e informados que nunca, en un marco de libertad y bienestar como jamás habíamos conocido constituyen un potencial de cambio realmente formidable. Que ese potencial se disuelva o actúe ciegamente, o que se realice en un futuro mejor, va a depender de la política, de la intervención consciente de los ciudadanos en los asuntos públicos. A eso les convoco, a una nueva política, desde una nueva izquierda, desde un nuevo PSOE, para cultivar con tesón y firmeza, como los labradores, una España que haga españoles más soberanos, hombres y mujeres que protagonicen con ensoñación un país que dialogue en el mundo y que fundamente su condición de patria en la justicia.

*Conferencia pronunciada
en el Club Siglo XXI,
Madrid, 19 de octubre de 2000.*